

EL MARCO TEOLÓGICO DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Javier Melloni, S.J..

Miembro del Equipo de Espiritualidad Ignaciana

de la Asistencia Europa Meridional

Coordinador del encuentro

Las Synergías Ignacianas se iniciaron situando el marco teológico en el que se ha movido la Espiritualidad Ignaciana en los últimos cincuenta años, para poder entrever por dónde debe seguir avanzando. Partimos de unas pistas elaboradas por Santiago Arzubialde, profesor de teología espiritual de Comillas (Madrid). Se dedicó la mañana a trabajar y discutir sus planteamientos. En ausencia de su autor, el documento fue presentado por Diego Molina, miembro del Grupo de Espiritualidad Ignaciana de la Asistencia Europea Meridional y profesor de Eclesiología en la Facultad de Teología de Granada. A continuación se reflexionó personalmente sobre ellas y después se pusieron en común resonancias, reacciones y evocaciones, primero en pequeño grupo y luego en asamblea.

PISTAS Y NOTAS SUGERIDAS POR EL P. ARZUBIALDE

El título del texto propuesto era el siguiente: **«Los estudios de Espiritualidad ignaciana en relación con el proceso evolutivo de la teología postconciliar, desde la Congregación General XXXI (1965) hasta el presente (2009)»**. He aquí la síntesis de su contenido:

En primer lugar, se presentaba la evolución de la teología a lo largo del siglo pasado a partir de seis hitos:

EL MARCO TEOLOGICO

la necesidad de unificar la espiritualidad y la dogmática

1. Las Semanas de Salzburgo del año 1937 en las que destacaron las intervenciones de Karl Rahner y A. Stolz.

2. La aparición de la Nouvelle Theologie con los teólogos Jean Daniélou, Karl Rahner, Henri de Lubac, Hans Urs von Baltasar. Su común propuesta de volver a los Padres pretendía entrar en diálogo con la cultura, así como respondía a la necesidad de unificar la espiritualidad y la dogmática.

3. El método histórico-crítico aplicado a la Escritura promovido por A. von Harnack y Bultmann, así como la necesidad de volver a la Palabra de Dios.

4. El influjo de los rusos de la diáspora (Lossky, Meyendorff, Evdokimov) y el Instituto San Sergio de París.

5. Por los años 50, y desde la Gregoriana, Joseph de Guibert comenzaba un movimiento de renovación. Sin embargo, desde su esquema tradicional (purificación-iluminación-uniión), no lo logró asumir adecuadamente. Nos ha dejado el titánico legado del Dictionnaire de Spiritualité, con sus tres equipos sucesivos y los dieciséis volúmenes de incalculable valor. Son grandes artículos monográficos, aunque sin una articulación específica unitaria, que era lo que en el fondo se pretendía originalmente.

6. Finalmente, el Concilio Vaticano II año (1965) y la Congregación General XXXI.

A continuación se resaltaban las sucesivas aproximaciones teológicas al libro de los Ejercicios:

- La obra de Erich Przywara (1889-1972), Deus semper maior. Una teología de los Ejercicios (1933-35), escrita a partir de su presupuesto filosófico-teológico de la analogía entis, es decir, la discontinuidad en la semejanza entre Dios y las criaturas, o dicho de otro modo, la tensión agustiniana entre un Dios que está a la vez en nosotros y muy por encima de nosotros.

- Gaston Fessard (1897-1978), el cual con *La dialectique des Exercices* (2 vols, 1956 y 1966) releyó los Ejercicios desde la consideración del acto de libertad con un punto de vista hegeliano.

- Karl Rahner (1904-1984), con su tema de la autocomunicación divina y la experiencia trascendental y libertad.

- Hans Urs von Balthasar (1905-1988) con su énfasis en la disponibilidad y obediencia de Jesús al Padre, la teología de la kénosis histórica, considerada desde el punto de vista de la kénosis primigenia intratrinitaria.

- Finalmente, desde otro ángulo, la aportación del P. Arrupe (1907-1991) con su texto sobre "La inspiración trinitaria del carisma ignaciano" (Febrero de 1980).

A continuación, el P. Arzubialde señalaba **los posibles riesgos y peligros que pueden darse actualmente en los estudios de la espiritualidad ignaciana:**

1. Separar estos estudios de la espiritualidad ignaciana de la evolución teológica actual, con el peligro de caer en la endogamia de un argot que sólo conocemos nosotros, autocitándonos sin salir fuera de nuestro círculo.

2. Reducir la perspectiva ignaciana exclusivamente a la Storta y prescindir del Cardoner, es decir, centramos en una mística del servicio que olvide la mística creacional. Dicho de otro modo, escindir el cristomonismo lineal de los Ejercicios (Segunda y Tercera Semanas) de la diafanía trinitaria del Diario Espiritual y de la Contemplación para alcanzar amor.

3. Insistió en la necesidad de integrar la teología de la encarnación con el proceso de retorno o reintegración de lo creado en Dios por obra del Espíritu.

4. Señaló la necesidad de superar definitivamente la escisión entre acción y contemplación, así como la dicotomía entre libertad y gracia, por medio del don recibido del Espíritu.

(Posible riesgo)

Reducir la perspectiva ignaciana exclusivamente a la Storta y prescindir del Cardoner

El documento hacía caer en la cuenta de que detrás de estos retos están en juego **las dos grandes perspectivas teológicas** o los dos pulmones con los que ha respirado siempre la Iglesia:

- Una teología creacional-metafísica de cuño patrístico greco-bizantino, apofática, marcada por el misterio de la infinitud de Dios y por la acción del Espíritu en el que nos es dado el Logos por el Padre. En esta teología, el ser humano es concebido como imagen segunda de la Imagen primera del Padre invisible, el Cristo resucitado. El ser humano retorna, por obra del Espíritu, de la imagen a la semejanza. La salvación es considerada en términos de intercambio: encarnación y divinización que se consuma en la recapitulación en Cristo de todo lo creado. Tal es la clave oriental del proceso espiritual.

EL MARCO TEOLOGICO

- Una teología histórico-salvífica, que es la teología latina en la que se mueve principalmente San Ignacio. Está basada en la humanidad de Jesús y en su seguimiento así como en la identificación con su actitud filial. Por medio del Cristo histórico adviene a nosotros el Reinado de Dios. La salvación en este caso es entendida como expiación del pecado (redención), liberación de la injusticia del mal de la historia, y retorno a la obediencia original. Todo ello culmina en la teología mística de la cruz, la cual, de hecho, casi llega a prescindir de la resurrección. La clave antropológica que aquí se desprende radica en el acto de libertad personal: la Elección.

El P. Arzubialde abogaba por la integración de ambas teologías: la greco-bizantina, de carácter más pneumatológico, apofático y divinizador, y la teología latina de Occidente, preocupada por la confrontación con el mal, la injusticia, el pecado y la muerte en el mundo es un reto que tenemos por delante.

Hizo caer en la cuenta que en la actual teología se están integrando ambas corrientes a través del redescubrimiento de la teología sobre la Trinidad. Mediante ella se integra cada vez mejor la paradoja de que el abajamiento (la debilidad) es exaltación (consumación del poder) y donde la diferencia es unidad. El Ser trinitario de Dios es el fundamento de la creación y de su evolución y así como se constituye en la clave de la historia humana. Desde esta perspectiva ya no es posible separar al Cristo histórico del Cristo de la fe, tal como pretendió hacer Bultmann en su momento.

Todo ello tiene importantes consecuencias. Señaló tres:

1. En el diálogo con las religiones monoteístas, el Dios Trinitario aportan la especificidad de la revelación cristiana.
2. En el diálogo con las demás tradiciones, la consideración específica del Cristo como figura del mediador.
3. En el diálogo con la ciencia y cultura contemporáneas, la necesidad de incorporar la evolución de las especies con sus leyes a la teología y en concreto a la vida espiritual.

Finalmente, el P. Arzubialde planteaba el horizonte teológico más adecuado desde el que aproximarse a los textos ignacianos. Dicho de otro modo, ¿hacia dónde debería moverse la espiritualidad ignaciana sobre el trasfondo dogmático actual? Su propuesta es integrar el despliegue completo de la relación conjunta entre Logos y Pneuma, en la que se revela el ser de Dios como amor sin menoscabo del misterio del Padre, su trascendencia infinita. Desde este trasfondo teológico habrían de ser abordados los textos del corpus

ignaciano. Con estas mismas claves hay que hacer el diálogo ecuménico con la Iglesia de Oriente, el diálogo religioso específico de un mundo globalizado y así como el diálogo entre fe y ciencia, considerando la unidad de la creación evolutiva del cosmos y la salvación.

Dicho todavía de otro modo, Arzubialde propone dos puntos como claves hermenéuticas del proceso ignaciano: el giro pneumatológico y la perspectiva trinitaria como sentido último de todo acontecer místico en el que todo tiende al Padre en el Hijo por el Espíritu¹. Así, la identificación con Cristo a través del largo proceso del conocimiento interno es la acción del Espíritu en el hombre para conducirlo hacia lo absoluto del amor del Padre, realidad última hacia la que apunta la contemplación para alcanzar amor. La vida en el Espíritu, que es el conocimiento del Padre por el Hijo es en gran medida, la vida mística de Ignacio tal y como recoge en su *Diario Espiritual*, expresión de su experiencia en Manresa a orillas del río Cardoner. Por su parte, un texto tan aparentemente sólo normativo como puede ser el de las *Constituciones* de la Compañía de Jesús revela también esta propuesta de vida en el Espíritu en la que la categoría de *discretio* aparece como la ordenación del amor, como vía hacia el mundo, manera ignaciana de incidir en la historia para conducirla hacia el Padre.

Arzubialde concibe *cinco momentos de la dinámica de la salvación*:

1. La presencia y participación del Verbo y del Espíritu en el acontecimiento creacional
2. La presencia del Espíritu “en y sobre” la humanidad de Jesús
3. La revelación definitiva del Ser trinitario en el misterio pascual
4. El Espíritu, don de Cristo resucitado, prolongador de su misión
5. Para concluir con la teología apofática y reinado de Dios, que es la consumación del mundo por Cristo en el Espíritu en dirección al Padre

Estos cinco puntos integran una única realidad de salvación en la que convergen la perspectiva creacional y la histórico-salvífica, el esplendor de la gloria y la kénosis de la cruz. De este modo, se integran también las dos perspectivas: la más propia de Occidente, que se basa más en los tres evangelios sinópticos y en el seguimiento de la humanidad y la kénosis de la cruz; y la más propia de Oriente, más cercana al evangelio de Juan, donde se exalta la majestad del Logos y de la dimensión infinita de todo lo creado.

Arzubialde señala que Ignacio supo integrar estas dos dimensiones. Todo el proceso de aproximación hacia la humanidad de Cristo por la contemplación de los misterios de su Vida queda enmarcado en un origen y

EL MARCO TEOLOGICO

sentido de todo, ya presente como horizonte en el Principio y Fundamento [EE 23] y que se retoma *existencialmente* como don del Espíritu en la Contemplación para alcanzar amor, donde todo se descubre en su eterno retomo escatológico al Padre [EE 230-237].

1. REACCIONES AL DOCUMENTO

Las reacciones y reflexiones que suscitaron las pistas del P. Arzubialde fueron diversas. Las presentamos agrupadas temáticamente.

2.1. Reconocimiento de la polaridad planteada

Un grupo de reacciones reconocía la polaridad que se había planteado. Los dos pulmones de la Iglesia han seguido caminos distintos a partir de un tronco común, y han desarrollado dos perspectivas dogmáticas diversas que han dado lugar a dos experiencias espirituales también distintas. Las dos grandes Tradiciones se han separado en un punto de la doctrina relativa al Espíritu Santo, que es la fuente de la santidad. Occidente demuestra su fidelidad a Cristo en la soledad y el abandono de la noche de Getsemaní. La actitud "heroica" de los grandes santos occidentales frente al dolor de una separación trágica de Dios, y la noche mística de Teresa de Ávila y de Juan de la Cruz como vía, como necesidad espiritual, es desconocida en Oriente. Los santos orientales adquieren la certeza de la unión con Dios en la Luz de la Transfiguración, en la Luz increada del Espíritu Santo. Es innegable que san Ignacio, y la mayor parte de la teología de cuño ignaciano, ha seguido ese camino occidental, y difícilmente se puede salir de él a partir de los escritos fundamentales de nuestras fuentes.

Se reconoció, pues, **la importancia del reto planteado a la espiritualidad ignaciana para que no quede prisionera de una concepción teológica en la que el elemento exclusivo sea Cristo, con el consiguiente olvido de las otras dos personas trinitarias: el dinamismo del Espíritu y el misterio insondable del Padre.** Se señaló que este olvido también lo han sufrido las diversas disciplinas de la teología católica: en Eclesiología, dando pie a una Iglesia excluyente de todos aquellos que no aceptaran a Cristo explícitamente, así como se reflejaba en la

concentración de la figura del Vicario de Cristo en la tierra, en detrimento de la comunión de las Iglesias en el Espíritu; en los sacramentos, dando excesivo relieve a la acción del representante de Cristo; en Escatología había generado una concepción del estado final como visión beatífica de Dios,, fundamentalmente intelectual, en detrimento del misterio inaccesible de Dios, etc.

2.2. Pasar de una trinidad dogmática a una trinidad existencial o radical

Se reconoció importante la dirección indicada por el P. Arzubialde de tener en cuenta el nuevo paradigma trinitario donde lo cristológico y lo pneumatológico se complementan. Constatamos que los que estábamos presentes pertenecíamos a una generación que ya ha nacido en este nuevo paradigma, aunque tal vez no lo hayamos tematizado conscientemente. Sin embargo, hay que ser conscientes de la diversidad de interpretaciones con el que actualmente se aborda esta teología de la Trinidad (siendo Pannenberg y Greshake los autores más destacados, los cuales ponen su énfasis en la comunión o la comunicación) pero que todavía no ha llegado a su madurez. Por ello no son claras todas las implicaciones que se derivan. Hay quien señaló que todavía hay que dar un paso más: pasar de una concepción de la Trinidad exterior y anterior a la creación a una Trinidad constitutiva de toda la realidad, en la que Dios, hombre y mundo están inseparablemente unidos. La comunión entre las tres Personas de la Trinidad no se halla *fuera* de nosotros sino *en* nosotros. En este sentido, el lenguaje dogmático presentado resultaba un tanto extraño y lejano. Hay que encontrar nuevas formulaciones de la fe donde este paradigma trinitario esté asumido sin necesidad de utilizar un lenguaje tan abstracto. La interrelación de las tres Personas de la Trinidad en el corazón de la realidad lleva a formulaciones como la Trinidad radical (cf. Raimon Panikkar), en la que la realidad misma se percibe trinitariamente o cosmoteándricamente. Todo ello son intuiciones que no se pudieron profundizar pero que surgieron planteadas gracias las interpelaciones planteadas.

el nuevo paradigma trinitario donde lo cristológico y lo pneumatológico se complementan

2.3. Una polarización exagerada y una integración ya asumida

Otro grupo de reacciones expresó la incomodidad que les había producido una presentación tan dicotómica de la experiencia de los Ejercicios entre cristocentrismo y pneumacentrismo. No se reconocían en la tentación de cristomonismo que se había planteado. Se dijo que tal vez eran las tensiones de la generación anterior pero no de la presente. Se consideró que hoy en día se vivía mucho más integradamente la relación entre el seguimiento de Cristo y el compromiso histórico con la gratuidad de la Contemplación para Alcanzar Amor. Se indicó que el mismo compromiso con los pobres emana de esta contemplación y que la iluminación del Cardoner y la visión de la Storta forman parte del mismo movimiento, tal como han expresado muchos textos del P. Arrupe y de la misma Congregación General XXXV. El fuego para encender otros fuegos de los decretos de la última Congregación es exponente de esta integración, en la que están presentes tanto la radicalidad del seguimiento de Jesús como el impulso del Espíritu, lo cual implica compromiso y, al mismo tiempo, gozo y celebración.

2.4. Una teología más bíblica y narrativa

Otras reacciones encontraron a faltar un planteamiento más bíblico y menos dogmático, más narrativo y menos abstracto. Se resaltó que el ámbito por excelencia de la teología ignaciana es el relato: en primer lugar, el relato de la vida de Jesús; después el relato del Peregrino, y después el relato de la vida de cada persona como el lugar teológico donde Dios se manifiesta. Dicho de otro modo, se consideraba que el ámbito de la teología espiritual es propiamente el de la experiencia y se encontraban incómodos entre conceptos tan intemporales. Consideraban que lo que realmente está en juego es la iluminación y acompañamiento del crecimiento interior, que avanza más a tientas entre penumbras, sin las grandes formulaciones de la dogmática, que se percibía como un sol abrasador que no deja crecer las hierbas del campo.

*el ámbito por excelencia
de la teología ignaciana
es el relato*

2.5. Enriquecer la aproximación teológica con otras disciplinas

En el mismo sentido que el apartado anterior, algunos echaron a faltar un planteamiento más antropológico, más desde el proceso personal y la consideración de los elementos que están en juego, que impiden o facilitan la experiencia de Dios. Se vio la importancia de integrar otras disciplinas junto con la teología y la conveniencia de impulsar integraciones que todavía están por hacer, tanto en el campo de la psicología como de las ciencias sociales, las humanidades y el mundo de las artes, que es otro modo de aproximarse a la dimensión espiritual del ser humano. Todo ello serían extensiones de este nuevo paradigma trinitario y pneumatológico según el cual toda la realidad se percibe impulsada por el dinamismo del Espíritu.

2.6. La necesidad de hacer una teología en primera persona

Se planteó también la cuestión de porqué habían escasos textos de teología y de espiritualidad ignaciana testimoniales. La espiritualidad y la teología que resultan creíbles e interpelantes cuando se pronuncian en primera persona, cuando son testimonios de vidas tomadas plenamente por Dios en la entrega a los retos del momento. Cuando lo que se expresa son canto y agonía, grito y melodía, son más escuchados por los demás humanos. A esto se respondió que los que viven intensamente la vida no escriben teología. La tarea teológica es un momento segundo que suelen hacerla otros en nombre de los primeros. El mismo San Ignacio no escribió tratados de teología, ni Francisco Javier tratados de misionología, ni los mártires del Canadá o del Japón, o más recientemente, de Alfred Delph frente al nazismo o los mártires del El Salvador frente a las injusticias, no escribieron tratados de martiriología. Vivieron auténticamente y otros reflexionaron sobre ello. Se dijo que **lo importante es no estar desconectados del compromiso apostólico de nuestros compañeros jesuitas y colaboradores, de modo que las reflexiones que ofrezcamos estén nutridas e interpeladas por sus vidas así como nuestras reflexiones puedan iluminarlos.**

3. CONCLUSIONES

Todo ello nos hizo más conscientes de que la espiritualidad ignaciana no recibe únicamente retos desde el área de la teología, sino que también se enriquece desde otros campos: desde la psicología, la antropología, la historia, la literatura, el trabajo con las fuentes... Necesitamos hacer una reflexión teológica profunda y actualizada que sea capaz de integrar todas estas dimensiones. El paradigma trinitario se ve como el marco más adecuado para integrar todo ello. Hay que seguir avanzando y explorando toda su fecundidad, ya que la perspectiva trinitaria fundamenta teológicamente el trabajo interdisciplinar, en la medida que abre relaciones y ámbitos en relación con cada una de las tres Personas:

En relación con el Padre, mantiene poroso el Misterio y permite un diálogo interreligioso en la medida que reconoce que las demás tradiciones también son caminos hacia esa Insondabilidad de lo real.

En relación con Cristo Jesús marca la pauta con la mediación a través de la cual Dios se ha manifestado: el seguimiento kenótico que nos compromete con nuestros contemporáneos de un modo muy determinado: en pobreza y humildad. Esta kénosis es el criterio de discernimiento para entrar en diálogo con otras mediaciones: todas aquellas que participan de este movimiento de donación son mediaciones crísticas.

En relación con el Espíritu permite estar abiertos a su dinamismo silente y reconocible en los diversos ámbitos de nuestra cultura en su impulso por estar siempre trascendiéndose.

Todo ello proporciona el marco hermenéutico tanto para acercarse a las fuentes y escritos ignacianos como para hacer que este corpus sea significativo ante los retos que actualmente tenemos ante nosotros.

¹ La explicación que viene a continuación está completada con el texto recientemente aparecido en la segunda edición de su comentario a los Ejercicios. Cf. Santiago ARZUBIALDE, *Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Historia y análisis*, Colección Manresa nº 1 (segunda edición), Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2009, “Reflexión teológica conclusiva. En busca del horizonte hermenéutico adecuado” (pp. 951-1009).